

Ledicia Costas

Ilustrado por Iván R.

El NIÑO de FUEGO



ANAYA

Título original: *O neno de lume*

1.ª edición: mayo 2022

© Del texto: Leticia Costas, 2022
© De la traducción: Leticia Costas, 2022
© De las ilustraciones: Iván R., 2022
© Edicións Xerais de Galicia, S.A., 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño: Andrés Meixide y Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-143-1743-3
Depósito legal: M-6857-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ledicia Costas

EL NIÑO de FUEGO

Ilustraciones de Iván R.



ANAYA

*Mira por la ventana,
mira a lo lejos,
imagina que las gotas de lluvia empapan el alféizar,
imagina que una gran nevada cubre el desierto,
mira por la ventana, observa la luna en el cielo,
mira a lo lejos, observa cómo vienes a mi encuentro.*

*Imagina que al otro lado de la ventana
la primavera no pudiera entrar.*

JIMMY LIAO, Hermosa soledad

Introducción

Me gustaría empezar por describirte con detalle la casa donde vivía Morgan, pero eso no es posible. Necesitaría hojas, hojas y más hojas. Acabaría aburriéndote con tanta palabrería y abandonarías este libro en la página número siete. «¿Y eso por qué?», te preguntarás. Pues porque Morgan no vivía siempre en la misma casa. Pasaba por doce diferentes cada año. Eso tenía sus ventajas, pero también algún inconveniente. En cierta ocasión sufrió un pequeño contratiempo y, en lugar de doce, fueron trece. En el mes de diciembre lo echaron de la casa número doce por prenderle fuego al árbol de Navidad. No lo hizo a propósito. Bueno, en realidad, sí. ¡Pero jamás pensó que fuese a arder entero! Él solo quería quemarle un poco

la barba a la figura de Papá Noel, que colgaba de una de las ramas del abeto. ¡Le llegaba casi hasta las rodillas! Una auténtica exageración. Se lo imaginó delante de un plato de sopa, con la barba flotando entre los fideos, y no pudo contenerse. Cogió su lupa, se concentró hasta que notó que sus ojos empezaban a calentarse y repitió mentalmente: «Solo las puntitas de la barba, solo las puntitas de la barba...». De repente, empezaron a saltar chispas y sonó algo parecido a ¡SCRASSS! El árbol se convirtió en una bola de fuego en el acto y se desató el caos.

—¡Socorro, mamá! ¡Socorro! ¡Morgan es un dragón! —empezó a gritar Nina, la hija pequeña del matrimonio que había acogido a Morgan.

Nadie creyó a Nina, pero a Morgan el incendio del árbol le costó una buena reprimenda y el disgusto de que lo echasen de aquella casa donde lo trataban tan bien.

Ser Morgan no es fácil, no te voy a engañar. Y mucho menos ahora. Pero, para saber dónde está Morgan en estos momentos, hay

que ir un poquito hacia atrás. Hasta el momento exacto donde empieza la historia del niño de fuego. Dime que te apetece emprender esta aventura, o me partirás el corazón. Tienes muchas ganas de conocerlo, ¿verdad? ¡Pues allá vamos!

En aquel lugar llamado Lilitown

La increíble historia que te voy a contar sucedió hace nada más y nada menos que dos siglos. Echa cuentas; si lo piensas bien, es una barbaridad. Eso fue antes de que existiesen los televisores, los corazones artificiales y los bolígrafos (sí, aunque te parezca mentira, la gente antes escribía con plumas de ave). Sucedió antes de que se inventasen cosas sin las que ahora te parecería imposible vivir. La cremallera, la tostadora, el ordenador, la pizza... Bueno, la pizza no. Ahí me he pasado. Pero todo lo demás es cierto. La gente se desplazaba en bicicleta y en coche de caballos, estaban de moda los sombreros gigantes y las casas se calentaban con carbón.

Morgan apareció una mañana de agosto como por arte de magia, dentro de una cesta. La señora Culpepper casi se desmaya al verlo. Se lo encontró en el suelo, delante de su casa, sobre la escotilla del pozo de carbón. Junto al bebé había una caja de cerillas y un sobre que contenía una nota escrita con letras rojas y retorcidas como el rabo de un demonio:

*Llévenme al otro lado de la niebla.
Busquen la casa de las tres hermanas
y díganles que soy el niño de fuego.*

La señora Culpepper no entendió aquel acertijo tan enrevesado. Era indescifrable, al menos en aquel momento. Guardó el sobre y la caja de cerillas, sacó al bebé del cesto, lo cogió en brazos y lo estrechó con fuerza contra su pecho.

—¿Cómo puede alguien abandonar a una criatura como esta? —se lamentó—. ¡Dios mío, pero si estás ardiendo!

Miró al cielo. Las aves volaban bajo, el cielo estaba plagado de un tipo de nubes llamadas

nimbostratos y su olfato detectó cambios de humedad.

—Va a empezar a llover —murmuró.

Echó a andar con el niño en brazos hasta que se cruzó en su camino un carruaje de cuatro plazas tirado por un caballo. En aquella época era lo más parecido a un taxi.

—¡Cochero, cochero! —gritó, haciéndole una seña con el brazo para que se detuviese—. ¡Rápido, a casa del doctor!

—¿A cuál de ellos? —le preguntó el cochero.

El hombre debía de pesar unos ciento treinta kilos y llevaba las puntas de los bigotes retorcidas hacia arriba. Culpepper dudó. Estaba tan nerviosa que no conseguía recordar el nombre del doctor. Lo resolvió así:

—Al que tiene la nariz enorme.

La temperatura del niño era de treinta y nueve grados y medio. Con el tiempo, comprobaron que Morgan siempre tenía una temperatura elevada, y eso no significaba que estuviese enfermo. No era su única peculiaridad. Las otras fueron apareciendo a medida que Morgan crecía.

Morgan pasó su primer año de vida en una casa de acogida. Era el único niño. En aquel lugar, llamado Lilitown, no era habitual que los servicios sociales tuviesen que hacerse cargo de un menor. La señora Culpepper iba a visitarlo tres veces por semana. Quiso adoptarlo, pero le pusieron toda clase de impedimentos legales. Lo que sí permitieron fue que el niño llevase su apellido. Con respecto a la adopción, el gobernador ideó un sistema bastante peculiar, que le pareció mucho más justo para el pequeño Morgan. Todos los años, el uno de enero, harían un sorteo. El niño viviría cada mes en una casa distinta. Así tendría docenas de padres y madres y jamás se sentiría solo. Para garantizar que lo trataban bien, el ayuntamiento le daría una generosa dotación económica a cada una de las familias agraciadas en el sorteo. En enero, Morgan vivió con un soplador de vidrio que hacía unas figuras preciosas. En febrero, con una pareja de doctores. En marzo, con una veterinaria. En abril, con un limpiabotas y una panadera. En mayo, con una repartidora de leche y un afilador.



En junio, con el jefe de los deshollinadores. En julio, con una pareja de sombrereros. Y así hasta diciembre. Saltaba de casa en casa, como si estuviese permanentemente de intercambio. Algunas le gustaban más que otras, claro. Y no todos los que le acogían le caían bien. Por ejemplo, el jefe de los deshollinadores le pareció un tipo terrible. Obligaba a los niños a su cargo a comer poco, para que estuviesen flacos y así pudiesen entrar sin dificultades por las chimeneas. Tampoco le cayó bien del todo la veterinaria, porque disecaba algunos animales y tenía un cuarto lleno de aquellos bichos muertos. Además, olía todo el rato a desinfectante. Le daba repelús. Con quien nunca perdió el contacto fue con la señora Culpepper. Se querían mucho. Ella se las ingeniaba para visitarlo cada sábado. A las cinco en punto se presentaba en la casa donde estuviese Morgan, llamaba a la puerta y ponía su mejor cara:

—He venido a ver a mi sobrino —anunciaba. Siempre llevaba una tarta. Era una táctica infalible. Cuando le fruncían el ceño, ella les planta-

ba en las manos el postre—: Les he traído un regalo para agradecerles lo bien que tratan a Morgan.

Aquello los calmaba. Enseguida la invitaban a pasar. A Morgan se le iluminaba la mirada al ver a Culppeper (te hablaré de ella un poco más adelante, hay mucho que contar sobre esta interesante mujer). A los tres años, Morgan la llamaba «tía Culppeper». A los cuatro, «madrina». A los cinco, «hada madrina». Y así, Morgan fue creciendo hasta cumplir los diez.

Y ahí es cuando las cosas empezaron a complicarse de verdad.

Índice

Introducción	7
En aquel lugar llamado Lilitown	11
De verdad que sí	19
Los problemas son mellizos	25
El señor Ravioli también desayuna <i>arrabiata</i>	33
Nunca tengo hambre a estas horas	41
La lluvia me pone triste	49
Cucharadas de helado	55
Por supuesto que te ayudaré	63
Mira la niebla, parece una manta	67
El Gran Hedor	77
Bienvenido al submundo	85
Mantén la boca cerrada	91
Lilitown es nuestra selva	97
Sabe a sopa	107

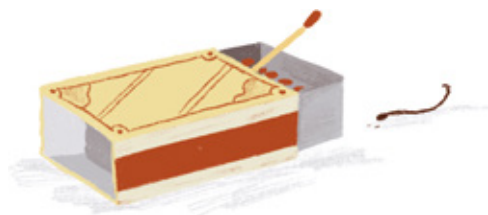
Te están esperando	115
Cada vez más cerca	121
Lágrimas y sopa	129
Las tres hermanas	137
Caminamos sobre el cielo	147
Un año después	155



Llévenme más allá de la niebla.
Busquen la casa de las tres hermanas
y díganles que soy el niño de fuego.

Morgan es un niño peculiar. De bebé apareció en una cesta delante de la casa de la señora Culpepper junto a una nota que decía: «Llévenme más allá de la niebla. Busquen la casa de las tres hermanas y díganles que soy el niño de fuego». Sobre su hombro derecho siempre va Luminaria, una pequeña llama que solo él puede ver y con quien puede hablar.

Una mañana, la ciudad aparece cubierta por una densa niebla que no se disipa. Sin rastro del sol, Luminaria se va apagando poco a poco. La señora Culpepper recuerda la nota que traía Morgan, y el niño se prepara para iniciar un viaje más allá de la niebla. Solo si encuentran la casa de las tres hermanas, Luminaria podrá sobrevivir. Lo que no imaginan es quiénes son en realidad esas tres mujeres.



ISBN 978-84-143-1743-3

1578762



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com